

Año: II, Octubre 1961 No. 29

Verdades y fantasías sobre ayuda extranjera

Por Norman Bailey

Economista y catedrático de asuntos Internacionales de la Universidad de Columbia.

«Tomado de Selecciones de Junio 1961. Reproducción autorizada por Selecciones del Readers Digest».

En los últimos años se ha escrito una inmensa cantidad de desatinos patentes sobre el fomento económico de las regiones subdesarrolladas.

La única manera de desarrollar la economía de un país es mediante la formación de capital. No hay otro camino. Ya sea el país en cuestión comunista, socialista o de libre iniciativa, el proceso es el mismo. Sólo son diferentes los medios. Jamás será excesiva la reiteración de este principio.

Es un argumento por el cual sienten gran animadversión muchos administradores y oráculos económicos de los propios países deficientemente desarrollados. Se propugna y pone en práctica una variedad de panaceas, y cuando éstas fallan se ensayan otras. Y entre tanto se pierde un tiempo valioso y va aumentando la población, y con ella la miseria del mundo.

Hay tres fuentes principales de capital: la inversión pública internacional, la inversión privada del extranjero, y la inversión interna. Esta última es con mucho, la más importante. Este es otro hecho inadmisibile para los creadores de fantasías tanto en las naciones industrializadas como en las subdesarrolladas. Ahora está en boga clamar por fondos internacionales, como si éstos fueran más eficaces que el capital obtenido en el interior del país; pero, considerando la magnitud de la misión que se ha de cumplir, según se la describe generalmente (una elevación sustancial del nivel de vida de cuatro quintas partes de la población del mundo) la totalidad de la suma donada o prestada por todos los organismos internacionales y las naciones adelantadas no equivale a más de lo que representa una gota de agua en el océano.

Y nunca podrá llegar a ser mucho mayor, porque los habitantes de las naciones industrializadas no tolerarán un descenso de su nivel de vida. Ellos y sus antepasados han creado la riqueza de que hoy disfrutan y, para decirlo de una vez, poseen la fuerza necesaria para frustrar toda tentativa de arrebátarsela.

Desde luego, los empréstitos y donaciones internacionales no son recusables en principio, ya que pueden contribuir a la formación de capital; mas, en la práctica, casi invariablemente son mal utilizados. Las burocracias de los países deficientemente desarrollados son siempre incompetentes y, generalmente, corrompidas. Toda la buena intención y los mejores propósitos del mundo no alterarán esa realidad. En consecuencia, no se aprovecha eficazmente una gran proporción del dinero facilitado en esta forma. Además, estos préstamos y donaciones se consideran y emplean como sustitutivos del esfuerzo nacional, cosa que ni son ni pueden ser. En este sentido pueden resultar harto peligrosos

El capital privado de procedencia extranjera no ofrece tantos peligros como los préstamos de gobierno a gobierno. En primer lugar, se invierte con la finalidad de obtener un beneficio, y por esta razón crea nuevo capital, parte del cual permanece en el país convertido en impuestos, participaciones y reinversiones; y trae por resultado mejores métodos, costos más bajos y mayor eficiencia, todo ello fruto del empleo adecuado del capital.

Por estas razones puede ser una gran ayuda. Sin embargo, hay que hacer dos advertencias. La primera es que la inversión de los países desarrollados en los deficientemente desarrollados es muy reducida. Por ejemplo, el total del capital privado norteamericano invertido en todas las regiones extranjeras asciende a menos del 10 por ciento de la producción nacional bruta estadounidense del solo año de 1959.

La segunda advertencia es que, en vez de estimular una mayor afluencia de fondos privados, los gobiernos y los pueblos de la mayoría de las naciones subdesarrolladas hacen cuanto pueden por impedir su entrada. El hecho de que no lo hayan logrado por completo es un tributo al espíritu de empresa.

Queda la formación interna de capital. Todos los países que hoy están desarrollados se han industrializado mayormente por su propio esfuerzo, ya sea bajo un sistema de capitalismo libre como los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania; de capitalismo estatal, como el Japón, o de comunismo, como Rusia. La expropiación, el bajo consumo, los salarios miserables, la mano de obra esclava, no son ni más ni menos que formación de capital al estilo comunista.

Para la formación de capital son necesarias tres cosas: ambiente adecuado, espíritu emprendedor y salarios bajos. Las dos primeras faltan en las zonas deficientemente desarrolladas. La tercera existe en ellas. Los salarios reales son siempre bajos en esos países, y no hay nada, absolutamente nada que los gobiernos, los sindicatos obreros ni las propias empresas puedan hacer para aliviar esa situación. Los salarios son consecuencia directa de la inversión de capital, y no viceversa, y no aumentarán a menos que los proveedores del capital y la iniciativa obtengan beneficios sustanciales, continuos y seguros. No puede ser de otro modo.

Los grandes consorcios industriales de Norteamérica, Europa y Rusia se crearon merced a dos factores: el sudor de trabajadores mal pagados y la inversión de los empresarios o, en el caso de Rusia, del gobierno. Que las cosas sean así puede ser lamentable, pero esa es la realidad.

Es infortunado que existan enfermedades, miseria y analfabetismo, pero existen a pesar de todo, y ni los buenos deseos ni las panaceas económicas eliminarán estas calamidades, que sólo desaparecerán con trabajo y ganancias. Pero los países subdesarrollados quieren lo mejor de ambos mundos. Quieren tener salarios altos y costosos programas de asistencia social, y al mismo tiempo un rápido progreso industrial. Y eso no puede lograrse.

Además, hay que reconocer que algunos países no pueden ni podrán ser nunca potencias industriales. No poseen, sencillamente, los necesarios recursos, pericia, materias primas ni estructura social para transformarse en sociedades altamente mecanizadas y complejas.

Hay muchas naciones y regiones del mundo que nunca serán ricas: los países excesivamente poblados y carentes de materias primas, de los cuales hay más de lo que la mayoría de la gente se imagina. Desde luego, esta situación puede cambiar. Puede llegar a obtenerse energía del sol, alimentos de las algas marinas, y así sucesivamente. Mas en el momento actual, están tan condenados a la miseria como lo están determinadas partes de los Estados Unidos, dentro del país más rico de la Tierra.

Sin embargo, todos los países subdesarrollados pueden elevar algo su nivel de vida, y algunos pueden incluso hacerse ricos y poderosos. Pueden conseguirlo a la manera comunista, adoptando normas más adecuadas para bestias que para seres humanos renunciando a todo vestigio de respeto propio, de dignidad y de iniciativa individual. O pueden hacerlo dentro de un marco de independencia política, por medio del trabajo, salarios módicos, honradez, eficiencia, libre iniciativa, elevadas ganancias reinvertidas regularmente, un gobierno limitado a mejorar los transportes, las comunicaciones, la educación y la salud, y con ayuda de tanta inversión de capital extranjero como el país sea capaz de atraer.

Esta no es una receta de justicia social. Es una receta de fomento económico.

Es curioso, no obstante , y al mismo tiempo instructivo, observar que los países que gozan hoy del más elevado nivel de justicia social son precisamente los que en el pasado han adoptado esta receta.